

Toda la correspondencia  
AL ADMINISTRADOR  
D. Pedro Motilba  
RAMBLA DEL CENTRO  
Kiosco n.º 3

# La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

PRECIOS  
DE SUSCRIPCIÓN  
—  
Séimestre . 6 Ps.  
Un año . . . 11 »  
EXTRANJERO  
Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 8 DE FEBRERO DE 1900

NÚM. 481



EUGENIE FOUGERE

REUTLINGER

## Velada Musical

I



ARIAS veces te he hablado, mi querido Ricardo, de la monotonía de la vida en este pueblo; no creas, sin embargo, que sea tan absoluta que, visto un día, pueda decirse que se han visto todos. A las veladas de invierno, pasadas junto al hogar leyendo ó charlando, suceden las deliciosas noches de estío con su luna, sus fragancias, su ambiente, sus mil ruidos y sus siempre nuevos cantos del ruiseñor. Casi todas ellas las pasamos en la alameda, y ya que no de otra cosa disfrutamos de los encantos de la naturaleza, hasta que la desapacible voz de las lechuzas,

posadas en las ojivas de un templo semiarruinado, ó el melancólico chillar de los mochuelos que revolotean entre la arboleda, nos avisan de que ha llegado el momento de recogerlos.

Semejante espectáculo juzgué, no obstante, poco importante para obsequiar con él á un joven alemán, que con el exclusivo objeto de visitar las vastas ruinas que, elocuente testigo de la pasada grandeza, severas se levantan á cierta distancia de la villa, me había sido recomendado por el sabio orientalista que conocí durante mi permanencia en el Escorial. Pero como para sacarme de la perplejidad en que me hallaba, respecto del medio que adoptaría para hacer más llevadera la velada al señor Theobaldo Hausmann, recibí la siguiente esquelita que por de pronto consideré como venturoso mensaje de dicha y felicidad:

«Amigo V...: ayer llegó Isolina del colegio, y deseando celebrar tan fausto acontecimiento, espero nos favorecerá usted con su presencia en la soaré (sic) musical que tendrá lugar esta noche.

Su amiga que le quiere,  
N.»

Antes de pasar adelante, debo decirte que la señora N. disfruta muy buena posición, gracias á la lotería, que tuvo el capricho de favorecerla con el premio gordo, y á algunas especulaciones que ha hecho su marido con muy buena fortuna. Sus riquezas no han bastado, sin embargo, para borrar el barniz y los modales que tenía ó adquirió midiendo varas de lienzo detrás de un humilde mostrador; y si bien es verdad que hace cuanto puede para demostrar que siempre ha sido una gran señora, lo único que con ello consigue es poner más de relieve su pasado. Para darse aires de bien educada, lee cuantas novelas y periódicos se le vienen á la mano, y como se le alcanza algo de francés, mezcla en la conversación algunas palabras de este idioma, tales como *buffet*, *negligé*, *trousseau*, y otras semejantes, que pronuncia como Dios le da á entender, y escribe tal cual las pronuncia, si llega el caso de confiarlas al papel.

Por lo que dice á su marido, es lo que se llama un bonachón, sin más cuidado que tener contenta á su mujercita, y procurar por la



—¡Y QUE NO HA DE SER DE LIBRAS PARA QUE NO PUEDA CAPEARLO!

dicha de sus hijas Isolina y Beatriz. Movido por las indicaciones de aquella, decidió enviarlas á uno de los mejores colegios de la capital para que recibiesen en él educación esmerada y cual corresponde á señoritas de su elevada jerarquía, y en él confundidas con hijas de condeses y marqueses, según dice su madre, han aprendido primores y maravillas, sobresaliendo especialmente en la música, en particular Isolina, que en el último curso ha merecido el primer premio por su buen gusto y brillante ejecución.

Juzgo excusado decirte que durante el tiempo que las niñas han permanecido en el pensionado, hemos estado los tertulianos al corriente de los progresos de las señoritas; pues otra de las sabrosas distracciones que se nos proporcionaba todos los meses, era la lectura íntegra de los partes de la directora y del padre capellán.

Llegada la hora, confié á mi amigo la esquila de invitación, rogándole se sirviera acompañarme, pues ya que no podía proporcionarle otro pasatiempo, oiría música, lo cual siempre es grato á oídos alemanes. Con algunas excusas, porque no podía presentarse decentemente, pero convencido por mis observaciones de que la reunión lo era de absoluta confianza, accedió al cabo á acompañarme. Debo consignar que el señor Hausmann es una especie de Fritz Stein, el protagonista de *La Gaviota* de Fernán Caballero.

II

La sala estaba radiante de luz. El primer objeto que llamó mi atención fué una corona de laurel (de hojas contrahechas, de trapo ó papel, con bellotitas de oro), que atada con un lazo de *moiré* se ostentaba en un gran cuadro con marco dorado. En las cintas se leía el nombre del establecimiento, y luego: «A la señorita Isolina N., en premio de su extraordinaria aplicación.» Con esto concebí muy lisonjeras esperanzas.

Presentado mi amigo, y cambiados los primeros cumplidos que giraron sobre el tema de lo hermosa que estaba Isolina, y lo mucho que había crecido, sentámonos, cuando de repente interrumpió la conversación general la señora de N., con esta inoportuna é intempestiva pregunta:

—¿Este señor es francés? Para ciertas gentes un extranjero no puede ser más que francés.

—Alemán, contesté algo desconcertado, temiendo que la nacionalidad de mi compañero había de ser motivo para que se enorgulleciera la interpelante, y se excitaran más y más sus deseos de hacer alarde de sus buenas formas sociales.

—¡Ah! El país de la buena música.

—La Italia nos lleva gran ventaja acerca del particular, contestó modestamente y con marcado acento mi joven alemán.



Á PUNTO DE SOLFA



—En efecto: si no ahí está Verdi, que con el *Rigoletto*, *La Traviata* y *El Trovador*... A propósito: ¿ha oído usted el *Miserere* del *Trovador*? ¡Niña!

—Sí, señora; sin embargo, debo confesarle que la música de ese maestro me es poco simpática: habla á los sentidos y nada dice al corazón.

—Sin embargo, mire usted que aquello de *La dona es móvile*, y lo otro de *ya no se cuanto sofri*; y el coro de majas y toreros. ¡Niña...! Y diga usted, ¿le gustan los toros?

—Francamente, señora, por más que digan que es muy española la diversión, no puedo creer que guste aquel espectáculo á las personas de delicados sentimientos.

—Tiene usted razón: yo soy española y no me gustan; prefiero el baile nacional, el bolero.

—Ah, sí; su música tiene no sé qué de arrebatador, que aun cuando no está en armonía con mi carácter, me cautiva, me entusiasma, y hace que la escuche arrobado y casi preso de la fascinación. Creo entrever en ella algo de ideal, de melancólico, de suavemente delicioso, adorable, que recuerda dulzuras pasadas, ilusiones perdidas... qué sé yo.

—Es verdad, y tanto no cabe duda, que por esto el gran Verdi puso un bolero en las *Visperas sicilianas*... Verá usted... ¡Niña!

La tierna Isolina estaba entretenida en amoroso coloquio con un polluelo recién salido del cascarón, por cuyo motivo no hacía maldito el caso de las insinuaciones de su mamá.

—Lo que me parece, añadió la señora de N. puesta ya á disertar sobre música, lo que me parece es que no estarían los sicilianos para bailar el bolero, cuando llamaba á sus puertas la revolución. Y ya que tan profundo conocedor es usted de nuestra música, ¿qué me dice usted de la zarzuela?

—¿Qué es zarzuela?

—Nada, contesté deseando poner término á aquel diálogo que me tenía frito. Y dirigiéndome á Isolina, roguéle que se sentara al piano, persuadido que era éste el único medio para atajar la desconcertada palabrería de la señora de N.

La niña, como comprendiendo lo mucho que valía su habilidad, bien que pidiendo mil perdones anticipadamente, y disculpándose con que el viaje, y los papeles, y los nervios y qué más sé yo, se hizo rogar de lo lindo; pero convencida por las súplicas del amartelado Adonis que le ofreció su mano para acompañarla, dejó su asiento después de mil monadas y soserías, protestando de nuevo de su torpeza y escasos conocimientos.

Llegó al piano; dió con velocidad extremada quince ó veinte vueltas al taburete, para sentarse á conveniente altura; colocó los candelabros en buena disposición; bajó el atril, dejó el pañuelo encima del piano y el abanico á su acompañante, que reventaba de júbilo, y rompió con una escala cromática y no sé cuantos arpegios, que prometían mucho, preludiando al cabo un conocido motivo de la *Norma*, sobre el cual ejecutó después una fantasía tan fantástica que no sé si por excesos del autor, ó por defectos de la ejecutora, desapareció el tema bajo un verdadero chaparrón de trinos, carreras y fiorituras que dejándonos á todos á buenas noches, arrancaron entusiastas aplausos á los concurrentes.

Yo aplaudí por condescendencia: mi amigo por imitación.

Por supuesto, que los elogios más hiperbólicos se prodigaron á manos llenas á la joven pianista; no faltó quien sostuvo que Thalberg y Litz eran niños de teta con ella comparados, y mi amigo, por no faltar á la educación, dijo que sus dedos recorrían al teclado *numerklich* (imperceptiblemente), palabra que, traducida á su modo por la señora de N., fué contestada por éstas:

—*Vous élez beaucoup flatteur.*

El pobre Hausmann no sabía qué pensar; pues, en efecto, los aplausos prodigados á Isolina, sólo podían considerarse como mera burla ó adulación.

De nuevo los sonos del instrumento pusieron término á las conversaciones, y con silencio verdaderamente sepulcral escuchamos el *Miserere* de *El Trovador*, que, según parece, es el caballo de batalla de la tierna Isolina. Yo le rogué que tocara algo de música alemana; una sonata de Beethoven, una melodía de Haydn, de Chopin, de Mozart, y á cada autor que le citaba me preguntaba si quería la introducción del *Rigoletto*, el final de *La Traviata*, la escena final del *Ballo in maschera*, ó el brindis del *Mackbeth*.

—Pero esto no es música alemana, niña, es de Verdi, y el amigo V... quiere obsequiar al señor, que es alemán, con un buen *morceau* de música de su país.

—Siempre será alguna sosada, dijo por lo bajo la niña.

—Vamos á ver, Isolina, ¿no tiene usted por casualidad algo de Meyerbeer, dije temblando, de Weber?



DIVERSIONES EN TRINEO POR LAS NIEVES

STANDART

La Saeta

## La Saeta

—¡Ah! sí, *Le dernier pensee*.

—Es verdad, hija; toca, toca *El diner panse*.

Para disimular la risa, hice que registraba los papeles para ver si encontraba algo, y quiso mi buena suerte que diera con la sinfonía de *La caza del joven Enrique*, de Mehul. Participé el hallazgo á Hausmann, puse los papeles en el atril, y la bella Isolina comenzó á arpeggiar con visible mal humor.

Debo confesarte que la interpretaba muy mal; esperaba, sin embargo, que tocaría mejor la última parte (después de la batida), y recordando por lo malo lo bueno, escuchaba resignado. Al terminar la pieza, volví el rostro para ver el efecto que había producido en mi impresionable amigo. ¡Oh desgracia! Estaba desmayado.

Chico, observarlo los concurrentes y armarse una algarabía de todos los diablos, fué una sola y misma cosa. Gritos, carreras, exclamaciones; quien iba en busca de agua; quien en pos de esencias; éste corría las cortinas; aquél abría el balcón; las señoras le hacían aire con sus abanicos; hubo conatos de desabrocharle el chaleco y deshacerle el lazo de la corbata, y hasta se comunicaron las órdenes convenientes para que se llamara á un médico.

Afortunadamente el señor Theobaldo recobró el conocimiento: no hubo más que un desmayo pasajero.

Los que no comprendían la música, achacáronlo á las luces y al calor, más sensible á los alemanes que á los habitantes de las regiones meridionales: los padres de Isolina se acercaban á los amigos de más confianza y les decían *sotto voce* que la expresión con que había tocado su hija, excitando en el extranjero el recuerdo de la patria, había producido aquel lance: muchos se admiraron de ello, pues habían encontrado la sinfonía soberanamente insulsa; y yo, que creí adivinarlo todo, quise disculpar á la pianista diciendo que la emoción y la gente y el calor la habían sofocado.

Hausmann creyó que me refería á él, y con un hondo suspiro exclamó:

—¡Ah! ¡No ha sido el calor!...

—Es claro, interrumpió la señora de N. Se acordaría usted de su país, pensaría en...

—Sí, señora, pensaba en el éxito de esta sinfonía. La primera vez que se puso en escena la ópera *Der jungling Heinrich*, al terminarse el último acto, se pidió hasta once veces la repetición de aquella.

—Cuidado si son papanatas los alemanes, decían por lo bajo todos los que no le habían encontrado gran mérito.

—Justo, y este recuerdo, el amor de patria, que el alma inflama, como dice la *Muta di Portici*, le ha conmovido á usted, dijo aquella buena señora.

—Lo que le ha conmovido, estuve por decir, es que su hija toca tan rematadamente mal, que las frases de la sinfonía, por ella expresadas en el piano, han producido en el ánimo del extranjero el mismo efecto que en el oído de perros los agudos sonos del clarín. Pero me contuve, y tomando pretexto del desmayo de mi amigo para retirarnos, dejé la reunión, considerando cómo tocarían las otras educandas cuando Isolina llegó á merecer la corona de laurel.

## EPÍLOGO

Al tiempo que ponía Hausmann el pie en el estribo, le pregunté si daba por bien empleado el tiempo invertido en su excursión.

—¡Oh sí, amigo mío!, me respondió abrazándome en tono chancero. He visto más de lo que deseaba. He podido contemplar las ruinas celtas ó cartaginesas, y he asistido á la destrucción de la música alemana.

Todo ruinas, amigo mío, todo ruinas.





## POEMA

Para mi hermana Emilia.

Pensando en la fineza que te haría  
la noche se me ha ido en tal porfía  
que estaba al levantarme medio loco:  
todo regalo parecióme poco,  
y dudando qué joya elegiría  
de tanta como tuve amontonada,  
que te agradase á ti por su riqueza,  
no me decido, como ves, por nada  
y te quedas al fin sin la fineza.

El verso es para mí pobre regalo...  
¡pero si el no dormir me ha puesto malo!  
se me cierran los ojos á deshora,  
(¡poco después de despuntar la aurora!);  
dejo el lecho muy tarde y no hallo ofrenda  
que poderte ofrecer, porque no es hora  
de vestirse y bajar hasta la tienda.  
En verso te daré los buenos días  
y puedes esperar, que no te engaño.  
Otro año, pues, ¡en penas y alegrías  
se va tan presto y tan veloz un año!

Que ha de agradarte el verso me figuro.  
Si á mí me gusta más que un verso un duro,  
y al duro yo prefiero la onza de oro,  
en cambio á las muchachas ¡qué torpeza!  
les gusta más oír el dulce coro  
que escuchan palpitando de terneza,  
porque suelen tener (los pocos años  
que pasan sin dolor ni desengaños)  
de pajaritos llena la cabeza.

En fin, ya sabes tú que yo deseo

que la dicha embriague tu alma pura,  
que no encuentres jamás al novio feo,  
y que al casarte no estornude el cura,  
porque dicen las crónicas más viejas  
(y no sé si es verdad ó son consejas)  
que el insano y ridículo estornudo  
le impide al cura sujetar el nudo;  
y claro, lo que dijo San Antonio:  
«por la vaga del lazo entra el demonio.»  
Además, y perdona que el poeta  
turbe un punto tus vanas ilusiones,  
deseo que se llene tu gaveta  
de billetes de banco y de doblones.  
¡Si el milagro, de que habla San Raimundo,  
se obra al cabo y el arca ves repleta,  
no te olvides que vivo yo en el mundo!

Pues el regalo para otro año dejo;  
voy á darte para éste una receta  
en la fórmula simple de un consejo.  
Para ser siempre muy feliz, procura  
tener siempre como hoy el alma pura:  
que no manche tu vida el vil oprobio,  
no suspires muy hondo si suspiras...  
y no creas jamás en las mentiras  
de los versos que te haga, Emilia, el novio.

—  
Postdata que por poco si me olvido:  
no le cortes las uñas al marido,  
permítele que fume y se divierta,  
que está muy feo, si se ve aburrido  
y no le cierres al volver la puerta,  
aunque se vuelva con la aurora al nido.

J. F. LUJÁN

## UN VIAJE DE REGREO

### I



**L**UIS era un joven rico y feliz.

Rico, porque jamás tuvo afición alguna al dinero y todo le sobraba, viéndolo aparecer y desaparecer entre sus manos con la mayor tranquilidad.

Feliz, porque nunca le faltaban esperanzas.

Cuando yo le ví entrar un día en mi casa lanzándome por vía de saludo la expresión tan común de «*Necesito cinco duros*»... creí que su carácter y circunstancias habían variado por completo: en una palabra, creí que era muy desgraciado; así es que, dando á mi voz la entonación más triste, le respondí:

—Me es sensible, querido Luis, no poder ofrecerte más que tres Amadeos que constituyen hoy mi capital efectivo.

—No importa, dijo Luis alegremente; dame esos tres y convenimos en que quedas á deberme dos duros.

—Corriente: ahí van, y aplacemos el pago de los otros hasta que yo sea rico. ¿Y qué piensas hacer con ese escrúpulo de dinero?

—Pues un viaje de recreo. He tomado hace poco el título de abogado, que me da... cierta respetabilidad. He disipado en dos meses el dinero que me envió el autor de mis días para abrir bufete, y como no tengo humor de volver al país natal á oír sus reprobaciones, me voy á San Sebastián con mi primo Juanito, huyendo del calor y de mi patrona. Respecto al viaje no me apuro, porque si la severidad de la empresa del Norte es tan grande que no permite viajar sin billete á toda una persona decente que desea pagar y le falta dinero, sucederá que en vez de llegar á San Sebastián me quedaré en Villalva ó el Escorial, y allí me las den todas alguno de los amigos.

—Si no conociera la energía de tus resoluciones, diría que no consiento en tal locura, pero é lo que eres, y... no me dió tiempo de acabar la frase, porque le ví cambiar su chistera por un hongo que estaba en la percha de mi alcoba. Le ví coger mi cabás, metiendo en él algunas ropas viejas y un par de viejas botinas, y le ví, por último, tomar á más que á paso la escalera sin darme tiempo de despedirle.

—Adiós, hasta la vista, me dijo Luis desde el primer tramo de escaleras.

—Dios te ayude, calavera, añadió, y desapareció.

### II

Luis penetró en un coche de primera, merced á la insignificante cantidad de dos reales que le costó el billete de andén. Una vez allí, dirigió la mirada á su alrededor, viendo en el extremo opuesto del coche á dós individuos que engullían con el mayor apetito, sin cuidarse de nadie, y en frente de sí, á un señor obeso, viejo y rechoncho, que fumaba un tremendo coracero.

Eran las ocho y cuarto de la noche, faltando aún quince minutos para marchar el tren.

—A usted no molestará, le dijo el señor grueso, que vayan abiertas las ventanillas.

—De ningún modo, exclamó Luis; y si alguna vez me molestan, ya cuidaré de cerrarlas.

—Es que yo necesito mucho aire para respirar.

—Sí, lo creo.

—Y lo que debemos hacer, es procurar ahuyentarla de aquí si viene alguna señora, porque son tan molestas é impertinentes, que no le dejan á uno fumar, ni escupir, ni toser, sin poner una cara que da miedo.

—¿De modo que usted tose, escupe y fuma mucho, según se explica?

—Sí, señor; pero viajando por la noche, casi siempre duermo.

—Y tampoco dejará usted de roncar; pues amigo, le aconsejo para todo... el método.

En esto, los viajeros del extremo contrario, reparado ya su estómago, corrían el visillo que había de ocultarles la amarillenta luz del farolillo que semialumbraba el coche, y se acomodaban tranquilamente para dormir.

Un honrado presbítero, acompañado de cierta joven, se presentó á la puerta del coche.

—¿Hay asiento, caballeros?, preguntó.

—Nó, quiso decir el hombre gordo, que miró á la joven; pero adelantándose Luis á aquel deseo, exclamó:

—Adelante, que siempre caben las señoras; y dió la mano á la joven, que era alta y bien parecida, ayudándola á subir y cediéndola su asiento de rincón, enfrente del señor gordo.

—Mil gracias, caballero, dijo el cura; y dirigiéndose después al señor fenómeno, añadió:

Usted que me parece aquí la persona más respetable, ¿tendría la bondad de proteger á esta señorita, que es mi sobrina, si la ocurriese algún incidente en el viaje?... Va hasta Hernani, y aunque usted no recorriese toda la línea, podía...

—Señor mío, yo no quiero cargar con responsabilidades, ni me hacen gracia las impertinencias de las señoras; puede usted encomendarla á la empresa.

—Dispense usted, contestó el buen señor cura, que se quedó atontado con tan brutal contestación.

—Si usted me considera digno de confianza, exclamó Luis dirigiéndose al cura, yo le ofrezco mi honrada protección.

—Bien, señor mío; se lo agradezco infinito, pues á mí no me es posible acompañarla, y si alguna vez necesita usted de mis servicios, ahí van mis señas; y le alargó una tarjeta.

—Gracias, gracias, dijo Luis recogióndola y entregándole otra suya; lo mismo digo.

El tren dió la señal de partida y despidiéronse cariñosamente tío y sobrina.

### III

Entre las sombras de la noche, sufrir el continuo vaivén de los coches al lado de una hermosa joven cuyos negros y grandes ojos reflejan el pálido fulgor de la luna, es verdaderamente encantador.



Luis se aproximaba á Eulalia (que éste era el nombre de la joven) procurando adivinar sus pensamientos, prodigándola esos minuciosos cuidados que hacen agradable un viaje y constituyen la verdadera poesía del trato social.

El vecino de enfrente, que había apagado su *trabuco* y guardado cuidadosamente la *cola*, parecía adormitar tranquilo y los otros jóvenes de la cena dormían y roncaban á mandíbula batiendo.

Luis y Eulalia departían agradablemente refiriéndose los hechos más interesantes de su vida, entre mil encantadoras ficciones.

El tren corría y volaba sin descanso, atravesando sitios escabrosos, túneles soberbios y todo género de accidentes pintorescos del terreno.

Sería más de la media noche.

Ya habían andado algunas leguas.

B. PÉREZ RIOJA

(Continuará)

DELNA

REUTLINGER



POLAIRE

STELBING



IVONIRE DERIKE

REUTLINGER

## SÁTIRAS

Para Clarín.

CONVIENE declarar primeramente que no he presentado yo ningún cuento á concurso, y se hace esta declaración para que no se ponga en duda la independencia y la sinceridad de mi juicio.

El primer cuento, «Las tres cosas del tío Juan,» está muy bien escrito, lo reconozco; su autor, José Nogales y Nogales, ha revelado en él dotes de prosista que no son comunes á cuantos emborronan cuartillas, y aun á muchos de los que justamente adquieren título de escritores: la palabra es clara, casi transparente; el período fácil, llano, y no exento de gracia y viveza; el estilo, jugando el ritmo con arte y donosura, sencillo y elegante á la par. Recuerda vagamente el de Pereda, no porque le copie ó imite, sino por cierto saborcillo clásico que se nota en él. La forma del cuento, y el artificio empleado para narrar el asunto, se ajustan también á esta última condición.

No leí las condiciones impuestas por *El Liberal*, y no sé de consiguiente, ni tengo tiempo ahora para investigarlo, si está en justicia el cuento del señor Nogales dentro de ellas. Supongo que sí, cuando lo ha distinguido entre todos el jurado. Pero como estos certámenes pueden y deben tener extraordinaria independencia, por cuanto necesariamente han de influir en el movimiento literario de nuestro país, y aun en la cultura de los que se dedican á las letras, no está fuera de razón la duda que se me ocurre, y que apunto: ¿hay una *manera*, una para el cuento, la que llamaríamos retórica, tal como entienden esto los que defienden y enseñan una literatura (digámoslo así también) oficial? ¿Es imprescindible que el cuento sea una especie de soneto con estrambote, es decir, con su moraleja de añadidura? ¿Ha influido esta teoría en el ánimo del tribunal calificador?

El cuento, naturalmente, es género especial, que se aproxima, sin confundirse, al de la novela. No estoy conforme con los que afirman, irreflexivamente á mi juicio, que es difícil determinar la línea que le separa de la novela corta. Pero de eso á que no tolere sino una fórmula exclusiva, cerrada, hay distancia enorme. Si no lo consideramos así, como yo lo enuncio, es indudable que al dictaminar nuestra opinión incurriremos en prejuicios dignos de censura.

Afirmo ahora rotundamente que el cuento puede no tener moraleja y ser cuento. Ofrecerá siempre, eso sí, caracteres morales (éticos) que encierren una filosofía profundamente humana, y que prescindiendo del tono doctoral, de la lección explicada, dejen en nuestro ánimo una emoción triste ó amarga, dulce ó consoladora, en ocasiones divertida ó feliz. En uno de estos casos, por ejemplo, está el que firma Emilia Pardo Bazán. Descontemos, pues, los cuentos que caigan, por rara fortuna del ingenio, en nuestra maravillosa y popular escuela picaresca, y en cualquier otro caso quedará mi duda, en pie; á plumas de autoridad, que no tiene la mía, toca resolverla. ¿Es el cuento una simple ampliación del apólogo ó del chiste agudo, en que entran, complicando la forma, la filosofía popular, con rasgos ingénitos de la popular travesura? ¿Puede ser



—¿UNA MUJER Á QUIEN LA NIEVE ESPANTA?  
AHORA VERÁS QUE PRONTO SE LEVANTA.



—QUE LA ENCUENTRE SU ESPOSO BIEN TENDIDA  
Y ASÍ SERÁ LA BROMA DIVERTIDA.

el cuento narración corta en que no se fie todo el recurso á la inventiva y en que no resulte la moral de un fin previamente acordado, sino de los mismos hechos, combinándose con las entidades que los determinan ó provocan? Claro está que he estudiado á conciencia el punto, y que mi criterio no vacila aquí; pero no se trata del mío, que ningún influjo ha de ejercer, á lo menos momentáneamente.

El cuento del señor Nogales, hay que declararlo, además de la moraleja, tiene algo de esa moral que yo denuncio. Pero ¡ay de mí! La filosofía de «Las tres cosas del tío Juan,» ó, mejor dicho, la emoción que despierta á la postre, está exactamente marcada en *La Débâcle*, de Zola. «Et il s'en allá au penible besogne de la France.» Allí, como en este cuento, la deducción es la misma: que no queda otra reparación de la catástrofe sino la de reconstruir la patria por el trabajo laborioso, infatigable, pertinaz. Aparentemente, cuando menos, ayuda este rasgo del cuento, por su carácter de actualidad, al triunfo, y yo no digo que haya decidido el ánimo de los calificadores, pero sí que no habrá dejado de influir en su conciencia de patriotas. Está bien y no lo censuro, aunque no creo que aprovechen las muchedumbres tan saludable lección.

La otra, la de la moraleja, propiamente dicha, hábilmente armonizada, con su miajita de simbolismo y todo, también me parece digna de aplauso; pero no veo en ella novedad alguna; es moraleja muy llevada y traída en nuestros cuentos populares, y hasta en nuestros refranes, adagios y demás dichos del vulgo.

Puede ocurrir que se censuró este franco é ingenuo discurso mío; no me importa; hablo yo siempre, como he dicho antes, con independencia de juicio, con entera imparcialidad. Respeto estas virtudes en Valera, en Echegaray y en Fernández Flóres, y por respetarlas he apuntado, poco más arriba, lo dicho á propósito de los cuentos; pero censuro ese prurito de aplaudir ciegamente cuanto, como en este caso, lleva el sello de autoridad oficiosa, sin razones que hagan valer el aplauso.

Y aun voy más lejos en mis afirmaciones: el cuento del señor Nogales es hermosísimo; el de la señora Bazán no lo es menos; y, sin embargo, ni uno merece el primer premio, ni el segundo el otro. No he leído los demás y doy por sentado que, aunque recomendables, resultan inferiores: en este caso debió quedar declarado desierto el concurso. La señora Pardo Bazán ha firmado cuentos que superan á «La Chucha» en méritos y en bellezas.

Para concluir hoy: estas observaciones no han de sonar á censura; mi intención es sana y se encamina al deseo de que prosperen estas prácticas en la prensa para bien de la literatura, de cuyo influjo espero yo tanto como espera el señor Nogales en su fábula para nuestra regeneración. No he creído nunca en la eficacia de los certámenes, pero *El Liberal* merece elogios y agradecimiento por su iniciativa, que quisiera ver secundada, abriendo campo á la laboriosidad y al estudio y horizontes á la juventud.

CLAK

## EL LICENCIADO DE LAS ÁNIMAS

CUANDO la pléyade de licenciados noveles que arrojan por sus puertas anchurosas las universidades del mundo, cuentan sus aventuras de la *noche triste*, del examen de reválida, del discurso de gracias bien ahito de epítetos pomposos y párrafos hinchados de literatura y jurisprudencia, todas aquéllas tienen que ceder en originalidad y suerte felicísima á las sucedidas al bueno de Pérez, al revés, á Pérez Bueno (no hay que trastocar los apellidos), en los memorables instantes que precedieron á su investidura como licenciado en Derecho, allá en los tiempos en que era reina de nuestra brava España Doña Isabel II.

El sujeto de mi cuento tropezó con el acto de la reválida antes de lo que sus conocimientos en materia jurídica y el estado exhausto de sus bolsillos lo hubieran querido.

El hambre apretaba entonces que era una felicidad, y la terminación de la carrera y la consecución del título, se imponían como medio de procurarse dinero honradamente. Pedro Pérez, dejándose su nombre y dos apellidos, amén de una rúbrica muy revesada, en escritura otorgada á favor de un usurero, no dudó en dar por resuelto el lóbrego problema del abono de los derechos del título.

Eso sí; quedaba otro rabo por desollar. Un rabo formado por veinte asignaturas de ciencia vigorosa, eslabonadas unas á otras como las vértebras del espinazo.

Pérez quiso meterse en el cerebro toda aquella cola dilatada y, durante poco más de un mes,

no dió descanso á los libracos, ni paz en la imaginación, ni dejó de torturar la memoria, queriendo grabar en ella las definiciones.

Llegada la noche memorable, la que se ha llamado muy cuerda-mente *noche triste*, al pobre Pérez le abandonaron al lado de una mesa atestada de volúmenes, en que había recado de escribir y mucho papel limpio, pidiendo que se le llenara de rengloncitos negros.

Media docena de laureandos, con la cabeza entre las manos unos, otros mirando melancólicamente los artesonados del techo, alguno casi con lágrimas en los ojos, le acompañaban.

En el salón imperaba un silencio de catacumba.

El ánimo, retozón y alegre durante los trece años de carrera, se achicaba ahora al ver flotando en el espacio, escrita con letras rojas, la palabra «suspeso,» ese fantasma de los estudiantes pusilánimes ó desaplicados.

¿Qué hizo Pérez Bueno? Ponerse á escribir fervorosamente, en el transcurso de una hora, para luego despedazar con coraje las cuartillas embadurnadas de tinta; tornar á escribir de nuevo y de nuevo á romper, hasta dejar el suelo alfombrado de pizcas de papel, que parecían copos de nieve que cruzaran regueros de hormigas negras. Y como el buen Perico era eminentemente religioso, le vino en mientes la peregrina idea de que las almas de sus padres in-



EN EL TOCADOR.—JUGANDO CON EL NIÑO



DANZA DEL VIENTRE

H. GÉROME

tercederían para con Dios, á fin de que obrara un milagro que trajera aparejado el título con su nombre y apellidos.

Entre convencido y dudoso escribió su discurso en una docena de cuartillas con letra ancha, sin conclusiones ni puntos de ley; después se fué al rincón más obscuro que hallara, y arremangados los pantalones para que las rodillas descansaran sobre los baldosines de mármol, rezó.

Sus compañeros hacían volar, en tanto, la pluma sobre el papel.

Alguno, en un momento de descanso, se fijó en Pérez.

—¿Qué haces ahí, beduino, cara á la pared?

Como no le contestara el interrogado, el preguntón ahuecó la voz:

—¡Mamarracho!... Te pregunto ¿qué haces ahí con tanta mojiganga?

—Estoy rezando á las ánimas para que me saquen con bien del examen.

—Lo que haces tú es echar un sueñecito con el pretexto de las plegarias. Vé á engañar á quien no te conozca de antiguo, grandísimo hipócrita.

—¡Si supieras el miedo que tengo!...

—¡Oh! Eso yo también.

—Y yo, añadió otro.

—El mío es mayor que el de todos ustedes, chilló un tercero.

Un nuevo graduando, andaluz por más señas, colgó la pluma detrás de la oreja, y dijo:

—¡Caballeros: para *mieditis* la mía!... Convirtiéndola en tiras de una pulgada de ancho, hay para hacer una cinta que llegue desde aquí á Saturno, dé una vueltecita por la fotosfera del sol y vuelva después á la tierra, para, con el remate, ahogarnos todos en seguida.

—Basta de charleta, que el tiempo es oro... y calabazas.

—A escribir otra vez y que Perico siga con sus oraciones, si le place. «Porque ya sabemos, señores, que según la ley cincuenta de Toro y las prescripciones del décimotercio Concilio de Trento, el matrimonio ha de...»

Perico interrumpió al que leía en voz alta aquel párrafo de su disertación, murmurando con voz contrita el *Ave María*.

Los mancebos habían pasado ya por delante de los doce caballeros examinadores que formaban entonces el tribunal de calificaciones, y todos creían haber salido airosamente de su empeño, viéndoseles ahora con el rostro plácido de quien logra una hora de dicha en compensación de largas noches de incesante lucubrar. Si algo enturbiaba su alegría, era el temor de que no fuera aprobado el compañero de todos, Pedro Pérez Bueno, cuyo discurso había sido infelicísimo, y cuyas conclusiones, refutadas por los examinadores, habían merecido por parte de aquél menguada y desafortunada defensa.



BIAN-KA

OGERAU

Con la plena convicción que tenía Perico de su mediocridad, unida á su apocamiento y timidez, fué su examen, según desconsoladora opinión de todos, de los más desventurados que se registraban en los anales de la Universidad. Tan seguro de ello estaba el infeliz, que, terminada ya su faena y dominado por langor intenso, se había colocado al lado de sus amigos, hincando las pupilas en el mosaico del pavimento y enjuagándose la boca con frases de oración.

Llegó el momento de la lectura de notas, después de misterioso debate entre los componentes del tribunal, y fueron saliendo á relucir los nombres de los examinandos, acompañados de una benévola sonrisa de los circunspectos doctores y de una espontánea frase de enhorabuena de los discípulos. Quedaba uno todavía.

—Don Pedro Pérez Bueno, *nemine discrepante*.

Los catedráticos se espantaron cual si la honorable calificación fuera hechicería del demonio, y los alumnos fluctuaron entre reírse ó llorar de alegría. *¡Nemine discrepante!*... se oyó por todo el espacioso salón, como si fuera una frase de conjuro.

Pérez se volvió casi loco, y saltando á modo de gato azulado, abandonó galopando el parainfo y los claustros, mientras gritaba:

—¡Gracias, Dios mío! ¿No decía yo que me había de salir bien? ¡Las ánimas han sido!...

La explicación de lo sucedido no merece más que media docena de renglones.

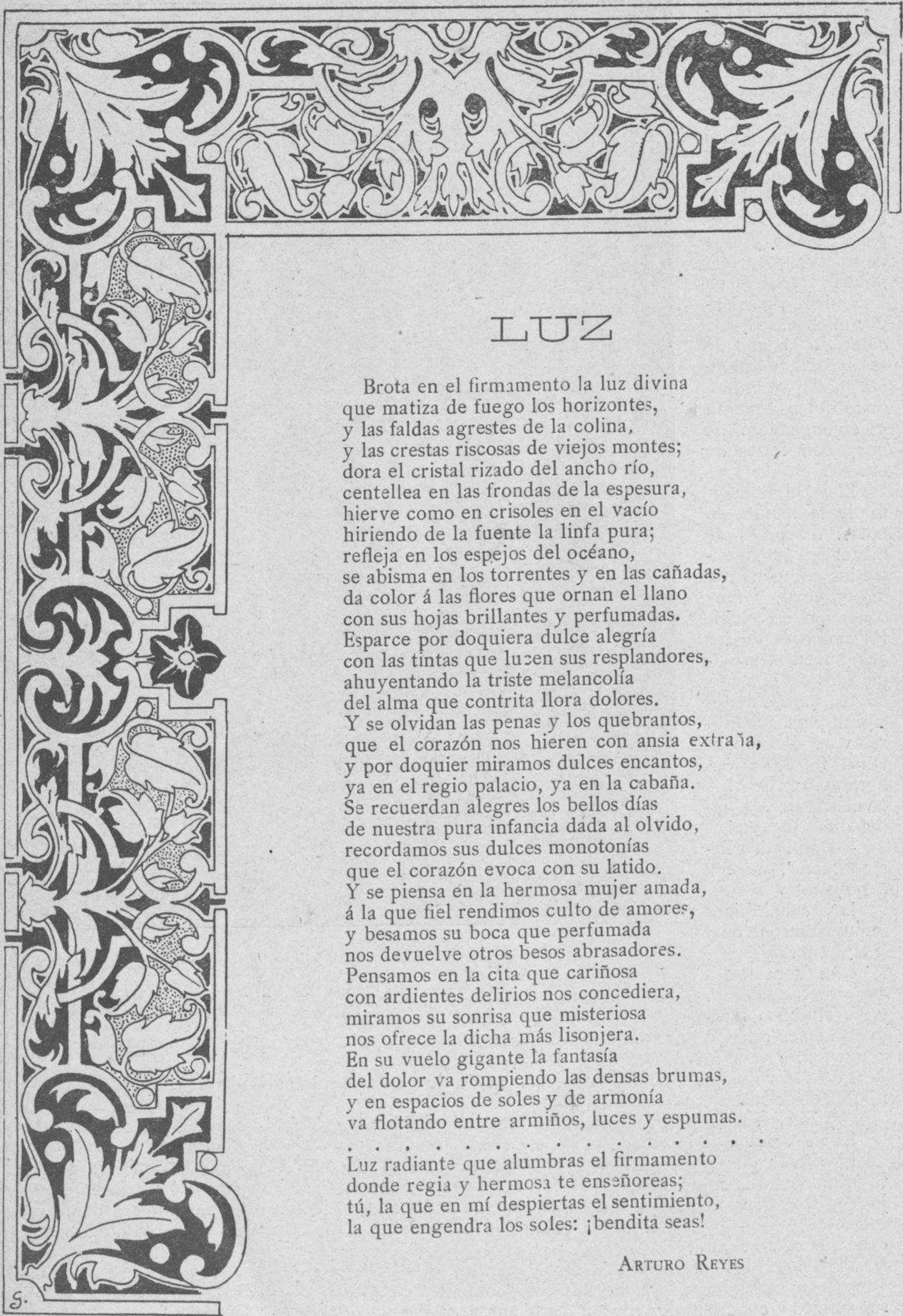
El *nemine discrepante* que destaca valientemente en el título de licenciado de Pérez, lo obtuvo merced á la compasión que le tuvieron los catedráticos. Todos pensaron lo mismo; que el joven, dados sus negativos merecimientos, no podía menos de ser suspenso por los demás, y todos ejecutaron lo mismo: dar su voto al examinando, para que siquiera ostentara uno en favor contra once en contra.

Peró como esa conmiseración nació idéntica en los doce examinadores que en aquel tiempo constituían el tribunal, la votación resultó uniforme para bien de Pedro Pérez Bueno, á quien sus amigos y discípulos apodan desde entonces *el licenciado de las ánimas*.



—NO PUDE PROTESTAR DE TAL EXCESO  
PUES ME TAPÓ LA BOCA CON UN BESO.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA



## LUZ

Brota en el firmamento la luz divina  
que matiza de fuego los horizontes,  
y las faldas agrestes de la colina,  
y las crestas ricasas de viejos montes;  
dora el cristal rizado del ancho río,  
centellea en las frondas de la espesura,  
hierva como en crisoles en el vacío  
hiriendo de la fuente la linfa pura;  
refleja en los espejos del océano,  
se abisma en los torrentes y en las cañadas,  
da color á las flores que ornan el llano  
con sus hojas brillantes y perfumadas.  
Espance por doquiera dulce alegría  
con las tintas que lucen sus resplandores,  
ahuyentando la triste melancolía  
del alma que contrita llora dolores.  
Y se olvidan las penas y los quebrantos,  
que el corazón nos hieren con ansia extraña,  
y por doquier miramos dulces encantos,  
ya en el regio palacio, ya en la cabaña.  
Se recuerdan alegres los bellos días  
de nuestra pura infancia dáda al olvido,  
recordamos sus dulces monotonías  
que el corazón evoca con su latido.  
Y se piensa en la hermosa mujer amada,  
á la que fiel rendimos culto de amores,  
y besamos su boca que perfumada  
nos devuelve otros besos abrasadores.  
Pensamos en la cita que cariñosa  
con ardientes delirios nos concediera,  
miramos su sonrisa que misteriosa  
nos ofrece la dicha más lisonjera.  
En su vuelo gigante la fantasía  
del dolor va rompiendo las densas brumas,  
y en espacios de soles y de armonía  
va flotando entre armiños, luces y espumas.

Luz radiante que alumbras el firmamento  
donde regia y hermosa te enseñoreas;  
tú, la que en mí despiertas el sentimiento,  
la que engendra los soles: ¡bendita seas!

ARTURO REYES



EUGENIE FOUGERE

REUTLINGER

# MISCELANEA

Un francés acaba de bajar del tren, medio dormido y sin chaleco, que ha dejado olvidado en el coche, por la precipitación con que se vistió.

Se da la señal de partida.

El francés observa que le falta el chaleco y dirigiéndose á un empleado exclama, señalándole el estómago:

—Señor Chete, señor Chete: ¿cómo se llamar esto?

—Eso, el estómago; contesta el otro.

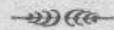
—¡Ah! que toquen el chiflito, pur que pare el tren; yo tener en el coche me estómago.



A...

Si cual un pajarillo  
volar pudiera,  
en tu reja pasara  
la vida entera.  
Allí te cantarí  
tiernas canciones,  
de esas que adormecen  
los corazones.  
Y con mis trinos  
te explicaría...  
lo que sufro y padezco  
sin verte mía.

LUIS CEILÁN AMOR

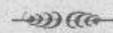


Trataba de casarse cierto joven con la viuda de un boticario, pero el día de la boda trajo ella la cara tan aderezada y el cuerpo tan lleno de olores, que al preguntarle el cura al novio si la quería por su mujer, respondió que no.

—¿Pues á qué hemos venido?, replicó el cura. ¿No habéis dicho antes que os queríais casar con ella?

El novio respondió:

—Señor, yo quiero casarme con la boticaria, pero no con la botica.



—Este telegrama no tiene firma. ¿Quién lo expide?

—Pues mire usted: lo pone Manuela á su marido y no hace falta la firma, porque él ya conoce la letra.



## Charada

La hermosa *segunda prima*  
es una linda serrana,  
más bella que la inocencia,  
más alegre que mi patria,  
con unos ojos... ¡qué ojos!  
¡Y pestañas...? ¡Qué pestañas!  
¡Y boca...? ¡Jesús, qué boca!  
¡Y gracia...? ¡Vaya una gracia!  
¡Me río de Andalucía,  
del Genil y de la Alhambra!...  
Vaya, bueno; la tal chica

á su *segunda* doblada,  
hoy le ha regalado un *todo*,  
un *prima tres* para el agua,  
dos faroles de colores,  
una *prima dos* bordada  
y otras cosas que me callo  
porque sería muy lata  
la lista de los objetos  
que me ha enseñado en su casa.  
¡Ay *segunda* con *primera*,  
morenilla idolatrada,  
quién pudiera despertarse  
muy cerquita de tu cara!

MORENO



## Cuadrado

```

* * * * *
*   .   *
* . . . *
*   .   *
* * * * *
    
```

Substitúyanse las estrellas por letras que, leídas, resulten: en la primera línea vertical y horizontal, nombre de varón; en la segunda, el de una diva española; y en la cruz de los puntos, con sus correspondientes estrellas, una preposición.

FRAY-CABRIOLA



## Escala geográfica

```

DO . . . . .
RE . . . . .
MI . . . . .
FA . . . . .
SOL . . . . .
LA . . . . .
SI . . . . .
    
```

Colóquese en cada punto una letra para que resulten siete poblaciones de España.

V. ARCE Y M. PÉREZ

## Soluciones á lo insertado en el número 480:

CHARADA.—Perico.

SALTO DE CABALLO.—A caballo regalado, no le mires el diente.

## Correspondencia

S. V.—Eso mismo que usted cuenta, aunque con diferentes palabras, lo leí hace algunos años en una obra de Castelar: *solamente* que el ilustre tribuno lo expresó peor que usted, y yo por no hacer daño á su memoria, me abstengo de publicar su artículo. ¿Qué dirían las potencias extranjeras si usted le desbancase?

C. M. L.—Muy flojo, y además con muchas consonantes rodadas, puestas porque sí, á salga lo que sa-

liere. En cuanto al chiste, no me parece muy afortunado, ni muy gracioso. Ensaye usted otros asuntos.

R. G. O.—¿Quién tiene la culpa de la desgracia que á usted le aflige, su novia, el novio de su novia, la suegra del novio del suegro, la tía del gato, el gato de la tía de la suegra de la novia? Porque ¡oh Dios!, yo me vuelvo loco averiguando ese lío que usted enreda en sus versos sin poderlo conseguir. Para colmo de angustias, no sé si el señor Lucano es padre y suegro á la vez de su hija, que eso es lo que resulta leyendo su escrito. Mientras usted no me aclare el enigma, no quiero publicar sus inspiradas *Hestrosas*, porque, ¡demonio!, hay que ser compasivo con el prójimo y tener caridad al público. Bueno está que yo me rompa la cabeza, pues tengo obligaciones en este punto que llenar, pero los lectores nó, amigo.

*Redoma.*—Poema corto:

«Con el viento que hacía era imposible entender de su boca una palabra, y eran tan grandes los remolinos que los ojos de la tierra se llenaban.

Entonces nos callamos, y las manos hablaron elocuentes y á mansalva, y yo dije, señor, que nunca acabe de pasar por nosotros esta ventada.»

¡Picarín! ¡Lástima que para pintar ese episodio tan conmovedor emplee usted tantos disparates!

T. G. M.—Nó, hombre, nó.

N. Z.—Corrija usted las dos últimas quintillas; una tiene mezclados los consonantes y los asonantes, y la otra repite la terminación mía, que se encuentra casi jugando el mismo papel tres versos más arriba. Como lo demás está bien y el asunto me gusta, vale la pena de que se fije usted y se tome el trabajo que le recomiendo.

R. F. S.—¿De manera que usted ha bebido dos copitas de ron para que le salgan las décimas más inspiradas? Lo creo, pero una de dos: ó se ha olvidado usted de quemar el ron, ó no era bueno: y naturalmente, la inspiración ha sabido burlar su estratagema.

T. G. de H.—Lo publicaré más adelante.

F. P.—Quisiera complacerle, pero hijo, con franqueza, ¡si es tan malo, tan rematadamente malo!

*Corcho.*—Sí, he visto que á los ingleses les siguen vapuleando en la guerra del Transvaal; pero ¿no le parece que los pobres ya tienen bastante con aquellas palizas para que usted arremeta tan despiadadamente contra ellos?

D. S. G.—La cortesía me obliga á insertárselo á usted, señora:

«DUDA

¿Por qué el hombre va siempre en pos del placer que envenena, y no se acuerda de Dios y mi alma llena de pena?»

Yo no lo sé: tienen la palabra los hombres para contestar; lo único que le digo es que eso está muy mal hecho, y que hago votos porque sienta usted á la postre algún consuelo.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

**48 HORAS**



Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

# CRÈME SIMON

à la glycérine

**Poudre**  
de riz Simon



**Savon**  
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

**J. SIMON** ✦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ✦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





20 cents.

Num. 482

